

tividad administrativa, el otro su energía de guerrero. Castilla y Aragon pelean ya como una nacion sola, y los franceses son rechazados de Salsas y perseguidos por la espada de Fernando hasta Narbona, mientras una borrasca inutiliza su flota de Marsella. Libre la península española, las dos naciones rivales vuelven á medir sus fuerzas en los bellos campos de la desgraciada península italiana. Poca gente tiene allí España; pero no importa, está allí el Gran Gonzalo. El que una vez habia quebrantado el poder de la Francia con estarse quieto en Barletta, le vuelve á quebrantar con permanecer inmóvil en los pantanos de Minturna. Gonzalo enseña á sus soldados que se puede vencer sin pelear. Gonzalo enseña al mundo que la paciencia puede ser la victoria, y le enseña tambien hasta dónde raya el sufrimiento del soldado español. El Gran Capitan comprende que debe luchar primero contra los elementos, si ha de vencer despues á los hombres. No conocemos figura de guerrero mas digna, mas impasible, mas imponente que la de Gonzalo de Córdoba en las lagunas del Garillano. Cuando Gonzalo se decide á sacar á sus pocos españoles de aquellos cenagosos lodazales, es para rematar con la espada al enemigo que habia quebrantado con la paciencia. La obra de las lagunas de Minturna se acaba en las alturas del monte Orlando. La Francia queda otra vez humillada: el temerario y orgulloso Luis XII. sucumbe á firmar la paz de Lyon, y re-

conoce á Fernando de Aragon por rey de Nápoles; y la magnánima Isabel de Castilla muere aquel año agobiada de pesares domésticos, pero con la satisfaccion de dejar á su esposo y á sus hijos una corona mas, ganada por su predilecto amigo Gonzalo Fernandez de Córdoba.

## V.

Una reina privada de razon y un príncipe escaso de juicio suceden á la reina mas discreta y mas sensata que ha ocupado el trono de Castilla. Felizmente el reinado de Juana y de Felipe pasa como una sombra fugaz, sin que sirva sino para que los castellanos conozcan y lamenten mas lo que han perdido con Isabel y para que aprendan á apreciar mejor lo que al menos les ha quedado con Fernando.

Nombrado regente de Castilla el rey de Aragon mientras él ha pasado á Italia á organizar el gobierno de Nápoles, hace desear su presencia á los castellanos para mejor subyugar despues á los magnates que se le han mostrado adversos. Dueño de Castilla como regente de este reino, y de Sicilia y Nápoles como rey de Aragon, hace de España la nacion mas poderosa de Europa, y sigue siendo el alma de la política europea: política egoista, dolosa y faláz como era la de aquel tiempo, en que nadie obraba de buena fé; y en que salia mas ganancioso el que era mas

astuto. La liga de Cambray no fué sino una inícuca conjuración de cuatro potencias para repartirse los despojos de otra que pasaba por amiga, pero que no les cedia en inmoralidad. Deshecha esta liga por el mismo interés individual que la había dictado, concertóse otra que se llamó *Santísima*, por el papa que la inició y por el objeto religioso en que ostensiblemente se fundaba, pero que no teniendo de santa sino la apariencia y el nombre, en su fondo no era menos injusta que la primera. España hacía el principal papel en todas estas alianzas interesadas. Conjurábanse todos contra Venecia so color de ser una república mercantil, egoísta y rapáz. La calificación no era inesacata. Pero todos, así Luis XII. de Francia como Maximiliano de Austria, como Fernando de España, y como el mismo papa Julio II., todos se aliaban con la república mercantil cuando á sus intereses convenia, aunque fuese contra los amigos del día anterior.

La víctima de tan variadas y tan inmorales confederaciones era siempre la desgraciada Italia, teatro escogido por las grandes potencias rivales para ventilar sus cuestiones en el rudo tribunal de las batallas. En vez de fertilizador rocío, regaba y enrojecía las amenas campiñas de Rávena, de Novara y de Vicenza la sangre de franceses, de suizos, de alemanes, de españoles y de italianos, para ver quien había de quedar dueño y señor del país de la cultura, de las letras y de las bellas artes.

En efecto (y es observación que inspira lamentables reflexiones), la Italia era el país en que habían hecho más progresos los conocimientos humanos, la literatura, la industria, todas las artes de la vida civil y social, todos los adelantos intelectuales: era la patria de Ariosto y de Miguel Ángel; era el país de la elegancia y del buen gusto, del saber y del genio; era el centro de la civilización. Mas por una deplorable fatalidad la antigua cuna de los Escipiones y de los Escévolas lo era ahora de Maquiavelo y de César Borgia. La sensualidad, el egoísmo, la inmoralidad más refinada habían reemplazado á las severas virtudes de sus mayores. El patriotismo había desaparecido, no había espíritu de nacionalidad, las instituciones políticas habían perdido su fuerza, dividida estaba en pequeños estados envidiosos unos de otros, faltaba un centro de unión, y Roma que podía haberlo sido participaba por desgracia de la corrupción general. La Italia, en parte no sin fundamento, llamaba bárbaras á las otras naciones, como cuando Roma era la señora del mundo: mas ahora las naciones bárbaras hicieron presa y escarnio de la nación débil, y los guerreros de Europa se burlaban de los literatos y artistas de Italia. Y sin embargo, la nación oprimida civilizaba á las naciones opresoras.

El resultado material y político de aquellas alianzas y de aquellas guerras para España fué ganar el rey de Aragón en habilidad y sutileza á todos los

principes, vencer las armas españolas á las de otras naciones, arrojar por tercera vez del suelo italiano á los franceses y quedar España dominando en Italia. Pero Luis de Francia y Fernando de España dejaron en aquellos países ancho campo abierto á las sangrientas rivalidades de sus sucesores Francisco I. y Carlos V.

## VI

Las conquistas de Aragon en Italia en este reinado no nos maravillan. Ya desde el siglo XIII. habia enseñado Pedro III. el Grande á los aragoneses el camino de Sicilia, y Alfonso V. el Magnánimo á principios del XV. les habia franqueado la via de Nápoles. Los reyes de Aragon habian sido ya soberanos de las dos Sicilias, y Fernando el Católico no hizo sino reconquistar lo que habia sido patrimonio de sus mayores. Lo que nos asombra mas es el ensanche que toma Castilla.

Castilla, concentrada en sí misma por espacio de siglos y siglos, la primera vez que rompe los límites naturales que la circunscriben es para estender su dominacion á esa remotísima é ignorada parte del globo que se llamó América. La segunda vez que se arroja fuera de sí misma es para hacerse dueña de una gran porcion de esa otra parte del orbe ya conocido que se nombra Africa. Franqueando primero el Océano y cruzando despues el Mediterráneo, la bandera de los

castillos y los leones, respetada ya en Europa, va á ondear con orgullo en América y en Africa. A los pocos años de haber sido arrojados los africanos del suelo español, les han sido arrancadas las mejores posesiones del suyo. La cruz que los sarracenos vieron brillar con asombro en el palacio árabe de Granada, la ven resplandecer á poco tiempo con espanto en los torreones y adarves de Mazalquivir, de Oran, de Bujía, de Argel, de Tremecen y de Trípoli.

El cardenal Cisneros rindiendo las fortificaciones de Oran nos trae á la imaginacion la gran figura de Josué abatiendo los muros de Jericó. El sumo sacerdote español cruzando las aguas del estrecho al frente de una armada cristiana, arengando á los soldados de la fé desde lo alto de una colina de Africa, orando en el santuario de Mazalquivir mientras las trompetas de los guerreros castellanos retumban por los valles y cerros de la costa berberisca, y marchando con la cruz en procesion solemne á tomar posesion de la plaza ganada á los sarracenos, representa al gefe del pueblo hebreo cruzando las aguas del Jordan, marchando por el desierto, haciendo celebrar la pascua á los soldados, llevando el arca santa y circundando al son de las trompetas la ciudad de los amalecitas hasta hacer desplomar sus murallas. De uno á otro suceso mediaron treinta siglos: la mano que los dirigió era la misma.

Lo demas lo hizo el conde Pedro Navarro con los

veteranos de Italia formados en la escuela del Gran Capitan. España enseñoreó las dos riberas opuestas del Mediterráneo, y las flotas españolas servían como de puente entre Europa y Africa.

El desastre de los Gelbes que atajó los progresos de las armas cristianas en Berbería, se debió á un imprudente arrebato de fogosidad de un noble y valeroso caudillo castellano. Faltó á don García de Toledo en los abrasados arenales de la isla africana la paciente parsimonia de Gonzalo de Córdoba en las frias lagunas del Garillano. Malogróse la conquista de Africa, por tener Fernando relegado en injusto destierro al Gran Capitan. Esta falta, hija de su carácter suspicaz y receloso, es una de las que no pueden perdonarse á Fernando de Aragon.

## VII.

Dominaba ya la monarquía castellano-aragonesa en los tres grandes continentes del globo, y aun habia dentro de la península española un diminuto reino, en otro tiempo grande, pero ahora punto casi imperceptible en la inmensa carta geográfica de las posesiones españolas, y que sin embargo estaba siendo un estorbo al complemento de la grande obra de la unidad. El pequeño reino de Navarra, enclavado entre Francia y España, francés por sus últimas relaciones y enlaces, pero español por su origen, por su lengua,

por sus costumbres, por su situacion geográfica, estaba destinado á refundirse tarde ó temprano en la gran monarquía española. La ley de la unidad tenia que cumplirse, y una combinacion de circunstancias, de que supo aprovecharse hábilmente Fernando, vino en ayuda de la ley de la naturaleza en esta época de general reorganizacion de la sociedad española.

Imposible sería negar á Fernando el mérito de la destreza con que supo conducirse como político y como guerrero en la conquista de Navarra y en su incorporacion á la corona de Castilla. Los compromisos en que acertó á colocar á Juan de Albret para aprovecharse de sus ligerezas é imprevisiones, la habilidad con que hizo servir á sus planes los intereses de la Santa Liga, la oportunidad con que se valió de la jurisprudencia económico-política de aquel tiempo para legalizar su empresa con una bula pontificia, la astucia con que se manejó con los reyes de Francia y de Inglaterra, la política que usó con los mismos navarros confirmándoles sus fueros para atraerse sus voluntades, y nombrándose primero *Depositario* para acabar por llamarse *Rey* sin repugnancia de los sometidos, todo contribuyó á dar tal color de legitimidad á la conquista y á la incorporacion, que su misma conciencia llegó á sentirse tranquila hasta en el artículo de la muerte, y aunque hubo reclamaciones posteriores y la cuestion se renovó muchas veces, nunca aquellas pudieron fundarse en buen derecho, y Na-

varra quedó para siempre refundida en la corona de Castilla como una provincia española.

## VIII.

¿Qué faltaba ya á España para alcanzar su unidad completa? Restaba solo Portugal, esa joya en mal hora dejada arrancar en el siglo XII. de la corona de Castilla. ¿Quedaba Portugal desmembrado de España por culpa de los Reyes Católicos? Con harto afán habian procurado ellos su reincorporacion, empleando para ello la mas sabia y discreta política; pero siempre la Providencia frustró sus nobles y patrióticos designios. Con este fin habian hecho el enlace de la princesa Isabel de Castilla con el príncipe don Alfonso de Portugal. La muerte prematura y trágica del príncipe portugués fué el primer obstáculo á los planes de union de los monarcas españoles. A igual objeto se encaminó el segundo enlace de Isabel con el rey don Manuel de Portugal. Mas cuando ya estos dos esposos habian sido reconocidos por las córtes castellanas como herederos de la corona de Castilla, el desgraciado fallecimiento de la hija de los Reyes Católicos vino á llenar de amargura á su esposo y á sus padres, y de afliccion á los dos reinos. Quedaba no obstante para consuelo de todos el fruto de aquel matrimonio, el tierno príncipe don Miguel, en quien todos miraban con placer el símbolo de la completa y

apetecida unidad de la gran monarquía española. Veíase realizado, aunque en lontananza, el pensamiento de los Reyes Católicos. Jurado estaba ya el príncipe en las córtes de Portugal, de Castilla y de Aragon, como sucesor y heredero legítimo de los tres reinos con universal beneplácito, cuando la Providencia se opuso otra vez al laudable intento de aquellos monarcas, llevando precozmente al cielo al tierno niño á quien tan halagüeño porvenir parecia estar reservado en la tierra. La voluntad divina contrarió en este punto la voluntad y los esfuerzos humanos, y Portugal quedó separado de Castilla, solo requisito que faltó al complemento de la unidad española.

¿Deberá por esto desconfiarse de que se cumpla en España el destino que la geografia parece haber trazado á los pueblos? Creemos que no. Un monarca español hizo despues por las armas lo que los Reyes Católicos no pudieron alcanzar por la política. Pero la union de Portugal hecha con ejércitos no sirvió sino para perderle despues, dejando mas vivas las rivalidades y los ódios entre los dos pueblos. Cuando pensamos en que Fernando é Isabel, conquistadores de Granada, de América, de África, de Nápoles y de Navarra, no intentaron la conquista de Portugal por la violencia sino la incorporacion por los enlaces, parece que quisieron enseñar á las generaciones futuras el camino suave por donde algun dia se verá marchar al